

CAPÍTULO 11

El empleo de los jóvenes en la Argentina de hoy

Cecilia Bostal y Mariana Busso

Introducción: “Yo a tu edad...”

Es común escuchar esta frase en boca de algunas personas mayores que posiblemente encuentran diferencias entre sus formas de ser joven y la nuestra (bah, la de ustedes). Y claro que en esto tienen razón. La juventud es una categoría socio histórica, esto es, la forma de vivir esta etapa de la vida depende de cada contexto histórico y social. Por eso el bisabuelo a los 14 ya trabajaba, había dejado la escuela y eso era de lo más común, y también por eso nos llama la atención que se casaban a los 15 o 16, o que aún en la actualidad se arreglen matrimonios entre jóvenes de esa edad en la India. En Argentina casarse a esa edad hoy en día es excepcional. Hace un siglo era “normal”. Hoy parece ser más habitual tener tíos/as, primos/as, conudos/as que a los 30 y hasta a los 40 ¡siguen solteros/as y sin hijos/as! Algo extremadamente raro hace varias décadas.

La juventud ha cambiado, eso es cierto, y a la vez no hay una única manera de ser joven, por eso es más atinado hablar de juventudes, en plural, contemplando las diversas formas de vivir esa etapa de la vida. Como diría un reconocido sociólogo francés, Pierre Bourdieu, “la juventud no es más que una palabra” (Bourdieu, 2002).

Pero más allá de la existencia de diversas juventudes, todas tienen algo en común. Denominamos juventud a una etapa de la vida que donde habitualmente se producen dos transiciones centrales de la vida social: el ingreso al mundo laboral y la independencia del grupo familiar de origen (Casal y otros, 2006). En ese sentido se entiende que existen “umbrales tradicionales de transición a la vida adulta”: abandono de la familia de origen, unión conyugal, obtención de empleo.

Así como han cambiado las juventudes también ha cambiado la forma de atravesar esos umbrales. Hace ya varias décadas, en la época de nuestros bisabuelos, e incluso nuestros abuelos, el paso por estos era lineal. Se pensaba que lo “normal” para un “joven de clase media” era estudiar, conseguir un buen empleo, luego casarse y formar su propia familia. Y lo deseable era obtener un empleo “para toda la vida” (sí, aunque parezca extraño, se esperaba – y era posible- que una persona trabajara toda su vida en un mismo lugar)⁴⁶. La vida, por tanto,

⁴⁶ Richard Sennet es un sociólogo español que escribió un libro titulado “La corrosión del carácter” (1998) donde, a modo de ensayo, narra que en las sociedades capitalistas avanzadas nos encontramos frente al fin del trabajo esta-

era concebida como un continuum de etapas cronológicas y predeterminadas. Pero esta linealidad tradicional fue dando paso a nuevas formas de transición que algunos autores señalan como menos predecibles o uniformes (Dávila León y otros, 2008).

¿Cómo son en la actualidad esas primeras experiencias? ¿Qué características tiene el mercado de trabajo de jóvenes? ¿Todes les jóvenes acceden a los mismos trabajos? ¿Qué lugar tienen factores como la educación, el género o el origen social en esas primeras inserciones?

“Se busca joven...”

Más allá de la existencia de diversas juventudes, la bibliografía especializada acuerda que es en esta etapa donde mayoritariamente se dan las primeras inserciones en el mundo laboral. El incorporarse al mercado de trabajo hoy en día, es vivido como un período fluctuante e imprevisible (Longo, 2008; Jacinto, 2010). En este proceso algunas personas experimentan, probando distintos tipos de trabajos o empleos, entrando y saliendo del mercado laboral, pasando del empleo a la inactividad y viceversa, muchas veces sin pasar por momentos de desocupación (Pérez, 2008). Claro que los márgenes de elección y experimentación no son los mismos para todos y todas. Muchas veces no son les jóvenes quienes deciden dejar un empleo, o empezar a trabajar. “Pasan cosas”. Sin duda el estrato social de pertenencia tiene mucho que ver en todo eso. En ese sentido señalamos que es cierto que existe una ruptura de la linealidad, pero la imprevisibilidad y fluctuación de las inserciones laborales de les jóvenes no es voluntaria ni para todes por igual. El origen socioeconómico de cada joven marca rumbos, delinea recorridos y es por eso que, más que nunca, hablamos de juventudes. Y es por eso, y más que nunca, que entendemos que el concepto de inserción laboral debe concebirse como sociohistóricamente situado (Vultur y Verdier, 2018).

Hay empleos para jóvenes, o mejor dicho, donde ser joven es una condición. Esfuerzo físico y disponibilidad horaria son las dos principales características que se asocian a este tipo de trabajos, que se caracterizan por su alto nivel de precariedad.

Cuando decimos empleos precarios hacemos referencia a su inestabilidad, es decir, a situaciones laborales donde, para el trabajador, su empleo es incierto y no puede prever su futuro profesional. Esto es, empleos de corta duración o inestables. Generalmente se mide teniendo en cuenta el porcentaje de personas ocupadas que no realizan (o no les realizan) aportes al Sistema de Seguridad Social y/o sin continuidad laboral y es lo que se denomina “tasa de empleo precario o tasa de precariedad laboral”.

El mercado de trabajo argentino se caracteriza por tener alrededor de 32% de trabajadores precarizados. Pero si nos concentramos en analizar únicamente a les trabajadores jóvenes el

ble. Sí, no solo pasa en países periféricos, sino también en los que se encuentran en el centro del mundo. Pero lo más importante es que resalta las consecuencias que ha tenido esa situación sobre la identidad de las personas.

porcentaje llega alrededor del 50%, y ese porcentaje aumenta entre las mujeres y mucho más entre las jóvenes mujeres pobres, donde 7 de cada 10 desempeñan empleos precarios⁴⁷.

Ser joven, ser mujer y ser pobre te va dejando en los puestos de menor calificación, peor remunerados, más inestables y con menos posibilidades de contar con derechos laborales. ¿Es un camino sin salida o se puede hacer algo para zafar de los trabajos precarios?

“A mí nadie me regaló nada...”

Muchas veces escuchamos esta frase, generalmente en boca de alguien que asegura “estar donde está” únicamente debido a su esfuerzo individual. Este tipo de expresiones está en sintonía con un discurso que se ha instalado con fuerza en los últimos años: la meritocracia. Esta idea sostiene que cada cual recibe, alcanza o posee “lo que merece” en función de su esfuerzo o virtud individual. En esta línea, la clave para acceder a empleos mejores que los destinados usualmente para jóvenes estaría en esforzarse más, para así “demostrar” que merecemos mejores trabajos.

Hace pocos años una publicidad de autos decía:

Imagínate vivir en una meritocracia. Un mundo donde cada persona tiene lo que merece. (...) Donde el que llegó, llegó por su cuenta, sin que nadie le regale nada. Un verdadero meritócrata (...) que sabe que cuanto más trabaja, más suerte tiene. (...) El meritócrata sabe que pertenece a una minoría que no para de avanzar y que nunca fue reconocida, hasta ahora (Commonwealth//McCann 2016)

¿Qué nos quiere vender esta publicidad? Además de un auto, claro está, busca vendernos una realidad en la que el lugar que cada uno/a ocupa en la estructura social sería el resultado únicamente del esfuerzo y la voluntad individual, e instalar la idea de que “quien no llega es porque no quiere” ya que de esforzarnos todos podríamos conseguir lo mismo. “Es solo una cuestión de actitud”, diría Fito. ¿Es solo una cuestión de actitud?, ¿todos tenemos las mismas chances en el mundo del trabajo?, ¿a mismo “esfuerzo” igual “recompensa”?

El mérito, basado en la igualdad de oportunidades (formales) para todas las personas, reaparece en los últimos años de la mano del discurso neoliberal (ojo, no solo en nuestro país o en otros países periféricos, sino también en grandes potencias a nivel mundial). Se presenta como un principio legítimo para la asignación de posiciones sociales y económicas, un clasificador social considerado justo, ya que se basa principalmente en el esfuerzo individual (o la falta de él). Este resurgir del discurso meritocrático en distintos países del mundo, fue cuestionado desde las ciencias sociales (Dubet, 2017), defendiendo el ideal de la igualdad de posicio-

⁴⁷ Elaboración propia a partir de base de microdatos EPH 2017, muestra ampliada anual (4 trimestres).

nes (y no a la igualdad de oportunidades) como una alternativa a ser priorizada por los responsables de la acción política. Para entenderlo mejor, sería algo así:

Figura 1: Igualdad de Oportunidades vs. de posiciones



Fuente: Azcona, 2016

Por más esfuerzo que ponga el más peque, su punto de partida es radicalmente distinto, y el esfuerzo y voluntad que requiere uno y otro claramente son diferentes, siendo los resultados a la clara desiguales. Salvo que, siendo conscientes de la situación, se provean alternativas diferenciadas para cada uno teniendo en cuenta su punto de partida. Y esto es lo que denominamos igualdad de posiciones.

La situación representada en la imagen también podemos encontrarla en el mercado laboral. Ser joven, mujer y pobre implica un punto de partida completamente distinto que el de un varón nacido en cuna de oro a la hora de acceder a un puesto de trabajo. Por esto que es más probable que desde ese punto de partida ella llegue a/termine en un trabajo no registrado, menos calificado, mal remunerado y más inestable, a que lo haga él/ a que esto le suceda a él.

¡Estudiá para que te vaya mejor en la vida!

Muchas veces nos aconsejan estudiar para mejorar nuestra vida, nuestro nivel de vida, para conseguir mejores trabajos; y algo de eso hay. ¿Es entonces únicamente una cuestión de esfuerzo y capacidades individuales? Analicemos en qué consisten estos “méritos” y a qué otros factores sociales se asocian.

Las credenciales educativas suelen ser tomadas como comprobantes del / esfuerzo realizado por quién las porta y son consideradas por los empleadores a la hora de contratar, aunque hace tiempo que se sostiene que estamos frente a una “devaluación de títulos”.

Cada vez más personas acceden a la educación media -en sus orígenes pensada para unos pocos - y eso fue un gran avance en términos de educar al conjunto de la población. Sin embargo, conllevó a que tener el título secundario ya no es suficiente para acceder a muchos empleos y se exigen más “méritos”, es decir, mejores credenciales. No es casual que la publicidad que mencionamos antes hable de una “minoría”. Si muchos tenemos el secundario hay que buscar otras credenciales que hagan la distinción porque evidentemente no hay lugar para *todes*. Hoy se pide secundario completo para actividades en las que no se ponen en juego saberes de ese nivel educativo. Sin embargo sabemos que se utiliza como indicador de disciplina, actitud, responsabilidad (es decir, terminar el secundario supone haber cumplido con horarios, rutinas, consignas).

Ya a principios de este siglo, antes de la ley que hizo obligatorio el nivel, algunos investigadores afirmaban que la escuela media era cada vez más necesaria y cada vez más insuficiente (Filmus y otros, 2001). Tener el título hace la diferencia a la hora de buscar trabajo, más aun en el caso de los jóvenes que al poseer poca o ninguna experiencia en el mundo laboral la única referencia que tienen para mostrar a un posible empleador es el diploma, pero este no necesariamente garantiza en la actualidad empleos de calidad.

La idea de que mayores niveles de educación suponen mejores condiciones de vida y de trabajo está muy presente también en el sentido común y de hecho los y las jóvenes que poseen mayor nivel educativo generalmente tienen mejores condiciones en el mercado laboral: mayores tasas de actividad y empleo, y menores tasas de desempleo. Sin embargo, esta relación no es tan simple ni tan lineal sino que se encuentra mediada por múltiples factores, además de tener una interacción histórica, cambiante en el tiempo y en el espacio (De Ibarrola, 1994).

Que sepa coser, que sepa bordar...

Analicemos, por ejemplo, la relación entre nivel educativo y mercado laboral sumando la variable género. ¿Es igual para un varón joven que terminó la escuela secundaria conseguir trabajo que para una mujer con la misma credencial educativa? Spoiler: No, las mujeres jóvenes se enfrentan a más dificultades para insertarse en el mundo laboral.

Esta relación positiva entre educación y trabajo de la que hablamos antes, no es igual para ellos que para ellas: una mujer con título secundario o universitario tiene menos chances de conseguir un empleo que un varón con la misma credencial. Veamos algunos números:

Cuadro 1: Condición de actividad de jóvenes (19 a 29 años que ya no asisten al sistema educativo) por género, según nivel educativo alcanzado. Año 2017

Condición actividad Nivel educativo	Actividad	Empleo	Desocupación
Varones Hasta secundaria incompleta	88,1%	75,6%	14,2%
Secundaria completa	89,8%	77,5%	13,8%
Alcanzó estudios terciarios/univ.	91,9%	84,8%	7,7%
Total Varones	89,3%	77,6%	13,1%
(3) / (1)	1,04	1,12	0,55
Mujeres Hasta secundaria incompleta	43,6%	33,0%	24,4%
Secundaria completa	61,9%	50,7%	18,0%
Alcanzó estudios terciarios/univ.	85,4%	77,3%	9,4%
Total Mujeres	60,7%	50,4%	17,0%
(3) / (1)	1,96	2,34	0,39

Fuente: Elaboración a partir de la base de datos EPH-INDEC (Busso, M. y Perez, P., 2019)

En principio, las jóvenes suelen presentar menores tasas de actividad que los varones, esto significa que son menos las que trabajan o buscan trabajo en relación a lo que pasa con ellos. Mientras que 9 de cada 10 jóvenes varones son parte de la población económicamente activa, independientemente de su nivel educativo (89,3%), solo 6 de cada 10 mujeres trabajan o buscan trabajo (60,7%).

Sabemos que actualmente aún acarreamos mandatos sociales asociados al ser varón o ser mujer. Muchos de estos preceptos (“varón proveedor”, “mujeres responsable del cuidado y de las tareas domésticas”) se encuentran puestos en cuestión. Pero aún estamos muy lejos de la igualdad de género. ¿Pensaron cuántas horas le dedican a las tareas domésticas los varones, y cuántas las mujeres? A su vez, no trabajar ni buscar hacerlo está peor visto para ellos, siendo socialmente aceptable la inactividad para ellas.

Volviendo al tema de los “méritos”, vemos en el cuadro que a mayor nivel educativo, los indicadores del mercado laboral presentan mejores *performances*. Es decir, a personas del mismo género, acceder a mejores credenciales educativas da más chances de insertarse mejor en el mercado laboral. Sin embargo, esos “esfuerzos individuales” no son recompensados de la misma manera para ellos y ellas: las jóvenes que terminaron la escuela secundaria tienen una tasa de desocupación mayor que sus pares varones que tienen el mismo título (18% contra 13,8%). Para los varones tener un título universitario supone un leve mejoramiento de las posibilidades a la hora de conseguir un empleo, pero en el caso de las mujeres el título parece valer mucho más. Para ellas tener un título universitario hace aún más la diferencia: las oportuni-

des de ingreso al mercado laboral mejoran considerablemente para ellas a medida que incrementan las credenciales educativas.

Más allá del vínculo educación-trabajo, es importante mencionar también que las mujeres jóvenes encuentran más dificultades para obtener un empleo muchas veces debido a la “contratación discriminatoria” por parte de las empresas. Como en esta etapa de la vida suelen llevarse adelante proyectos familiares y profesionales, y las mujeres suelen encargarse mayoritariamente de las tareas domésticas, las empresas suelen preferir varones por su mayor disponibilidad para el empleo en relación con la jornada laboral y disposición a la movilidad geográfica. Asimismo a la hora de contratar las empresas usan una “doble vara” para “medir” a varones y mujeres: para ellos tener familia puede resultar un aspecto positivo ya que es considerado un signo de estabilidad, en cambio a la hora de contratar mujeres priorizan solteras y sin hijos.

Por último, al obtener un trabajo las mujeres se enfrentan a otras dificultades en sus carreras laborales, entre ellas las llamadas “piso pegajoso” y “techo de cristal”. La primera refiere a la tendencia a quedar atrapadas en trabajos menos calificados, con bajos salarios, informales, part time, muchas veces debido a que estos les permiten conciliar su actividad laboral y necesidad de ingresos con las tareas domésticas. El techo de cristal refiere a la imposibilidad de acceder a puestos jerárquicos, de ahí el nombre “techo”. ¿Por qué de cristal? Porque esa imposibilidad no está establecida en ningún reglamento sino que está construida por barreras informales, difíciles de detectar, que no son fácilmente visibles. Entre esas barreras puede estar la distribución desigual de las tareas del hogar (si, una vez más) como también los estereotipos de género que consideran a los varones mejores para las tareas de dirección.

Hasta acá, la “meritocracia” que nos quisieron vender junto con el auto brilla por su ausencia: a “igual mérito” mujeres y varones no reciben la misma recompensa, e incluso los esfuerzos a realizar para “llegar” son distintos.

Dime de dónde vienes...

¿Qué pasa si pensamos el vínculo entre educación y trabajo en relación a las distintas posiciones en la estructura social?

En primer lugar, a medida que aumentan los ingresos familiares también aumentan las posibilidades de acceder a estudios terciarios y universitarios. La situación económica de los hogares obliga en muchos casos a adelantar la entrada de ciertos jóvenes, generalmente varones, al mercado de trabajo aun antes de terminar la escuela. El origen social condiciona el acceso y la permanencia en el sistema educativo. Para ir a la escuela tienen que estar dadas ciertas condiciones: tener útiles y zapatillas para poder ir a clase, contar con una alimentación adecuada, vivir en una casa donde se pueda estudiar, donde haya una mesa, luz, un espacio que permita concentrarse, poder descansar correctamente (algo difícil en caso de que haya que trabajar para colaborar en el hogar), entre otras. Todos estos factores pueden dificultar la permanencia del joven o la joven en la escuela.

Sumado a esto, tener el título secundario no asegura iguales posibilidades de acceso al mercado de trabajo para todos los jóvenes. Las diferencias vinculadas al origen social hacen que el título “no valga” lo mismo en todos los casos. Veamos algunos datos:

Cuadro 2: Condición de actividad según estrato de ingresos Varones y mujeres de 19 a 29 años con secundaria completa y que ya no asisten al sistema educativo. Año 2017

Condición actividad Ingresos familiares	Actividad	Empleo	Desocupación
Estrato bajos ingresos (1)	66,7%	51,6%	22,7%
Estrato ingresos medios (2)	87,0%	78,9%	9,3%
Estrato altos ingresos (3)	95,8%	89,8%	6,2%
Total de Jóvenes	76,0%	64,0%	15,8%
(3) / (1)	1,44	1,74	0,28
Estrato bajos ingresos (1)	85,7%	68,9%	19,6%
Estrato ingresos medios (2)	94,1%	86,6%	8,0%
Estrato altos ingresos (3)	98,4%	91,5%	7,0%
Total Varones	90,2%	77,9%	13,6%
(3) / (1)	1,15	1,33	0,35
Estrato bajos ingresos (1)	51,2%	37,4%	26,8%
Estrato ingresos medios (2)	78,0%	69,3%	11,2%
Estrato altos ingresos (3)	91,7%	87,1%	5,0%
Total Mujeres	61,7%	50,1%	18,9%
(3) / (1)	1,79	2,33	0,19

Fuente: Elaboración a partir de la base de datos EPH-INDEC (Busso, M. y Perez, P., 2019)

Al observar jóvenes de distintos estratos sociales con la misma credencial educativa, vemos que el título no hace magia. Quienes pertenecen al estrato de bajos ingresos tienen niveles de empleo mucho más bajos que aquellas personas de estratos altos, y mayores niveles de desempleo. Esto es, con el mismo título son muchas más las de bajos ingresos que buscan trabajo y no encuentran.

¿Qué factores pueden explicar estas diferencias? Podrían ser importantes el lugar de residencia, la discriminación por parte de los empleadores, la experiencia (no es lo mismo la experiencia de una persona de 19 años que recién termina la secundaria que la de una 5 años mayor, más integrada al mercado laboral) y las relaciones sociales (amistades, parientes, vecinos,

contactos en general) de los jóvenes y las de su familia, las cuales les permitirían “valorizar” la educación que han adquirido⁴⁸.

Y si volvemos a poner la lupa en la diferencia entre varones y mujeres vemos que el grupo que tiene mayor nivel de inactividad son las mujeres pobres. ¿Cómo? ¿No quieren trabajar? Sin duda quienes no trabajan ni estudian (denominados equivocadamente Ni-Ni) son mayoritariamente mujeres de sectores pobres que se dedican al cuidado de hijos, hermanes, vecines, entre otras tareas cotidianas invisibilizadas. Claro que trabajan y mucho, pero como no se trata de tareas remuneradas se dice que no trabajan y se las estigmatiza... Todavía cargamos con un sinnúmero de estas actividades que hacen a la reproducción de la sociedad y recaen sólo sobre algunas espaldas. Y eso se hace evidente en los números del mercado laboral y en la estigmatización de algunas juventudes.

Confirmamos que la obtención de mayores credenciales educativas mejora posiciones en el mercado de trabajo (no da lo mismo estudiar que no hacerlo), pero claramente no revierte la fuerza que impone el partir de distintos lugares de la estructura social porque los condicionamientos de género y clase están muy presentes. Vimos que a la hora de “sumar puntos” para evitar ciertos trabajos, los esfuerzos de algunos no son valorados de la misma manera que los de otros.

Estudiar sigue siendo clave. Sin embargo, si queremos modificar esos puntos de partida diferentes es necesario pensar políticas públicas activas como mecanismos para la generación de igualdad de posiciones. Y ni hablar de la necesidad de las mismas para garantizar a todos puestos de trabajo registrados que cumplan con los derechos laborales establecidos.

Referencias

- Azconca, N (2016): ¿Escuela e igualdad o escuela y equidad?. Revista digital MasScience, 30 de Julio de 2016. Disponible en: <https://www.massscience.com/2016/07/30/escuela-equidad-igualdad/>
- Bourdieu, Pierre. (2002). La "juventud" no es más que una palabra. En Sociología y cultura (pp. 163-173). México, Grijalbo, Conaculta
- Busso, M. y Pérez, P. (2019). “El velo meritocrático: inequidades en la inserción laboral de jóvenes durante el gobierno de Cambiemos” en *REVIISE* Revista de Ciencias Sociales y Humanas. Vol 13, No 13.
- Busso, M. y Pérez, P. (coords.) (2016). *Caminos al trabajo: el mundo laboral de los jóvenes durante la última etapa del gobierno kirchnerista*. Buenos Aires, Ed. Miño y Dávila
- Casal, Joaquim y otros (2006). “Aportaciones teóricas y metodológicas a las sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición”, en: *Papers de Sociología*, N° 79, Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 21-48.

⁴⁸ Para seguir pensando y discutiendo este tema les recomendamos una historieta: <http://cajondeherramientas.com.ar/index.php/2016/05/05/en-bandeja-de-plata-una-historia-sobre-los-privilegios/>

- Commonwealth//McCann (2016). Meritócratas, publicidad para GM Argentina Chevrolet Cruze 2. Disponible en <https://youtu.be/Bq-Rulo0prs>
- Dávila León, O., Felipe G. y Medrano C. (2008). *Los desheredados. Trayectorias de vida y nuevas condiciones juveniles*. Valparaíso, Ediciones CIDPA.
- De Ibarrola, María (1994). *Escuela y trabajo en el sector agropecuario en México*. México, CINVESTAV/ Instituto José María Luis Mora/ Miguel Ángel Porrúa/FLACSO.
- Dubet, Francois (2014). *Repensar la justicia social: contra el mito de la igualdad de oportunidades*, trad. A. Greco y Bavio, Buenos Aires, Siglo XXI
- Filmus, D., Kaplan, C., Miranda, A., Moragues, M (2001). *Cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente: escuela media y mercado de trabajo en épocas de globalización*. Buenos Aires, Ed. Santillana.**
- Jacinto, C. (2010). "Introducción. Elementos para un marco analítico de los dispositivos de inserción laboral de jóvenes y su incidencia en las trayectorias". En Jacinto, C. (comp.) *La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes: políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades*. Buenos Aires, Teseo/ IDES
- Longo, M. E. (2008). "Claves para el análisis de las trayectorias profesionales de los jóvenes: multiplicidad de factores y de temporalidades". En *Estudios del trabajo* N° 35, pp. 73-95.
- Pérez, P. (2008). *La inserción ocupacional de los jóvenes en un contexto de desempleo masivo. El caso argentino entre 1995 y 2003*. Buenos Aires, Miño y Dávila editores/ CEIL-PIETTE del CONICET.
- Pérez, P. y Busso, M. (2018). "Juventudes, educación y trabajo" en Piovani, J. I. y Salvia, A. (coords.) *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual: Encuesta Nacional sobre la Estructura Social*. Bs. As., Ed. Siglo XXI
- Verdier, É.; Vultur, M; Trad. Cristina Vicente Lucas. (2018). La inserción laboral de los jóvenes: un concepto histórico, ambiguo y societal. *Cuestiones de Sociología* (19), e067.
- Sennet R. (1998). *La corrosión del carácter*. Barcelona, Anagrama.